

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES. 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 10
 POR UN AÑO. 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 12 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. 50

AVISO INTERESANTE.

El tomo 5.º de la SEMANA que debería concluir con el último número de este mes, no acabará sino el 31 de diciembre próximo, á fin de que queden terminadas en él todas las materias pendientes; es decir, los artículos sobre la ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES, con la coleccion de grabados que estamos publicando; la HISTORIA DEL MATRIMONIO, escrita por nuestro colaborador y amigo don Antonio Flores, que hace tiempo ofrecimos y principia en el presente número, cuya lectura recomendamos; la CRONICA DE LOS PRINCIPES DE ASTURIAS, etc. etc.

Los señores suscritores que quieran seguir recibiendo los dos meses de noviembre y diciembre el periódico, se servirán abonar su importe, que es 8 reales en Madrid y 10 en provincia por dicho tiempo, en los mismos puntos donde se suscribieron. El abono debe hacerse en provincia inmediatamente para no experimentar retraso en el envío; en Madrid se llevará el recibo al domicilio.

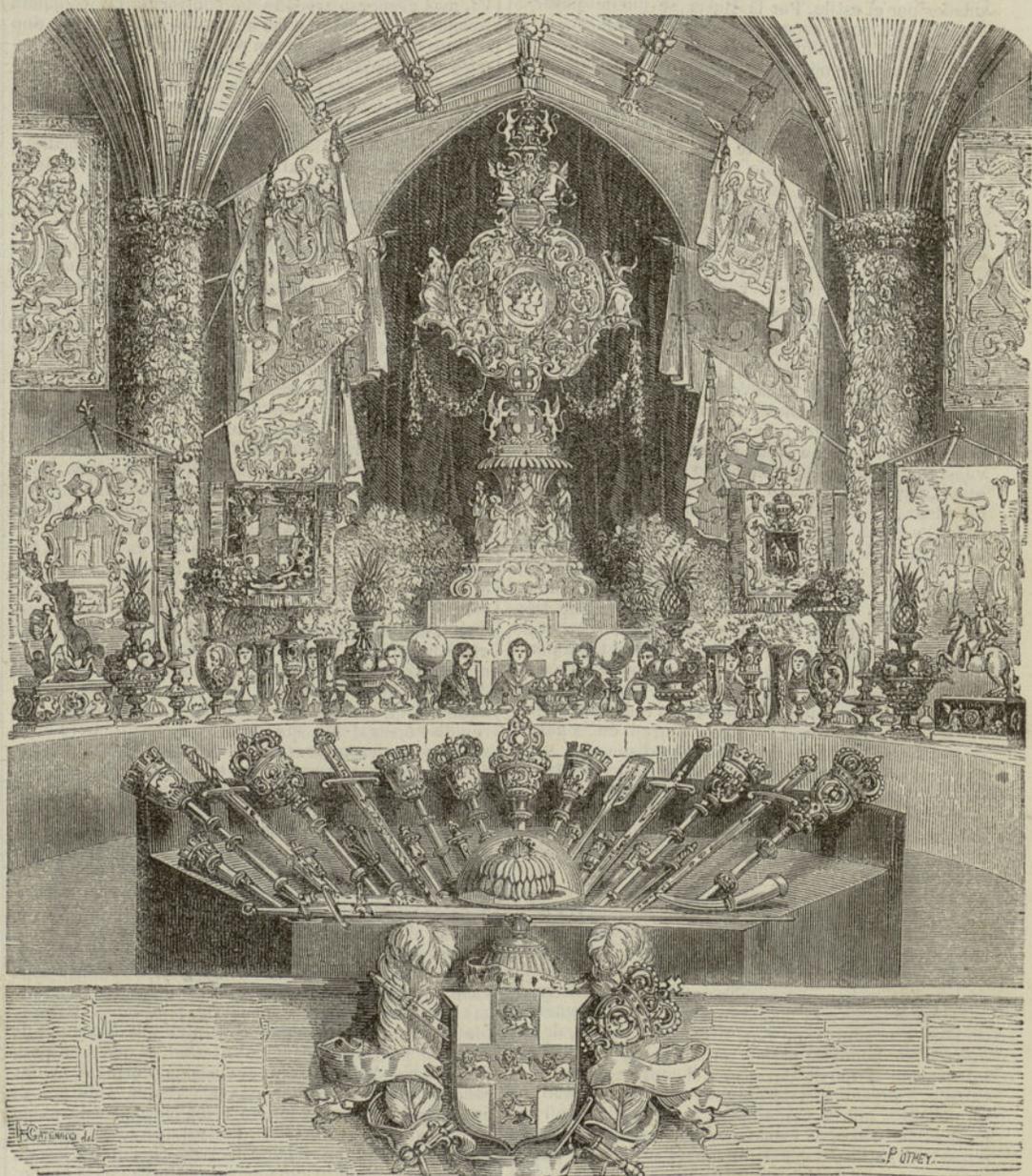
CARTAS SOBRE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

(Continuacion.)

Mas hé aqui que suena la hora de entrada. Los cochecitos han ido desapareciendo, la reina ha salido por su puerta particular, los artistas han recogido sus instrumentos y sus colores, los jurados han ido á deliberar á sus respectivas secciones, las gentes tranquilas y meditabundas han huido, y en un momento aquella nave larga y prolongada, aquel crucero delicioso que poco antes parecia la mansion de los bienaventurados, todo ha sido invadido por la turba de chelín. Trages grotescos, sombreros de fines del pasado siglo, blusas de construccion horrible, que no hay ojos delicados que sufran su forma, ni olfato sensible que pueda soportar el olor de humo que despiden, hombres que codean, muchachos que brincan, mugeres que se columpian y dicen que andan, enormes cestos, bolsas y ridiculos monstruosos llenos de viandas y botellas, confusion de cosas y personas, de acciones y gestos, hé aqui el primer cuadro que se presenta á vuestra vista cual bodegon flamenco, ó cual gabinete de anticuario. La atmósfera se carga de polvo y de miasmas, los ventiladores no bastan á purificar el aire; un murmullo sordo, un ruido que parece salido de lo fondo de la tierra os aturde y anonada. De vez en cuando los órganos colosales de la nave del E. dominan con sus melodias aquel mar embravecido; pero las mas veces las menos inhábiles que los tocan no sirven sino para aumentar lo horrrisono del tumulto; y si á esto se agrega un malhadado wals de Strauss que un cuerno de piston tiene la mision poco grata de destrozr cada veinte minutos, para destrozr despues los oidos sensibles del ser viviente que ha podido resistir hasta aquel momento los ataques furibundos dirigidos contra sus ojos, miembros y narices, se tendrá una idea aproximada del caos universal. Pero ya que tanto han padecido cuatro de vuestros sentidos, aun os resta el del paladar, y con la esperanza de hallar en él algun consuelo, os dirigis al ambigü ó fonda que ocupa casi toda la línea E. O. de la derecha ó S., con diferentes puertas, patios y adornos. Estas salas se llaman de *refreshment*, que los franceses han dado en traducir de *refresco*, burlándose de los trozos de vianda con que suponen se refrescan los ingleses, y olvidando que ellos tienen el equivalente de *restaurant* (que restaura), como *refreshment* (que renueva); pero sabido es que los franceses por un *bot mot* no les importa pasar por ignorantes, si es que creen posible que un francés sea ignorante. Pero ¡oh dolor! Si pedis café os sirven raiz

de achicoria; si probais un helado, es goma; si preferis carne, esta fria; si escogeis fruta ó dulce, necesitais un microscopio para aumentar la racion; os decidis por el té, las hojas han servido ya á multitud de personas; quizá la manteca ó el queso, que sabeis son excelentes en Inglaterra, podrán satisfaceros, pero en esta ocasion se han derretido y el pan está duro; sin embargo, vuestra garganta está seca, quereis beber, mas un enorme letrero os dice que «no se permiten en el edificio licores ni cerveza;» y el agua clara es tan poco saludable! Al fin reprimis vuestra gula ó vuestra necesidad; ¿pero quién es poderoso á guardar templanza, al ver aquel millar de bocas que mastican con tanta gracia? Altos y pequeños, nobles y plebeyos, damas de la alta clase, mugeres del pueblo, eclesiásticos de las diferentes sectas, hombres de letras, funcionarios públicos, banqueros y comerciantes, todos comen, ninguno se oculta, á ninguno le ocurre que puede parecer ridiculo con la boca llena, los carrillos hinchados, las narices infladas, roja la pupila, acerado el diente, inclinado al cuello, espedita la garganta, lista la mano al plato, y voraz el apetito.—En efecto, es inconcebible á no verlo, esta necesidad suprema de todo inglés de comer en todas partes y sin escrúpulo alguno; los españoles no podemos acostumbrarnos á ejercer el acto de la masticacion tan en público, y solo una costumbre desde la infancia puede hacer que estas bellas damas

puding, el embuchado alemán ó la salchicha escocesa, la manteca ó el queso, la ginebra ó la cerveza, etc. etc. y todos comen, todos se regodean; los mas aristócratas ó los mas ricos se sientan á las mesitas que ocupan casi la mitad del crucero S. bajo los árboles corpulentos que han quedado como aprisionados en aquel ángulo, y allí saborean con delicia, pero no con menos ánsia que las clases menos acomodadas; para estas hay ademas largas mesas toscas de pino en los patios, que desde muy temprano se ven asediadas de manducantes. Ahora bien, con esta confusion, con este barullo, con esta afluencia de gentes que no bajan de sesenta y cuatro á setenta mil almas en cada dia, ¿cómo es posible ver nada ni examinar nada? Y á la verdad, nada se vé, ni nada se examina. Las visitas á la esposicion son una cosa obligada, que roba al trabajo sus mejores horas, y que por poco que continúe ha de tener un influjo fatal en los negocios, influjo que ya comienza á dejarse sentir; pero dejando ahora esto aparte, el hecho es que los dias de chelín no puede verse nada en el Palacio de la Industria. Todo el tropel de gentes no lleva direccion ninguna fija; si por casualidad algun extranjero, si dos amigos se paran delante de un objeto y fijan en él su atencion, en seguida una turba poco inteligente asedia el objeto, y quiere ver y darse cuenta de lo que ha podido interesar al primer observador. Si alguno habla ó esplica á otro algun pormenor, la misma



Sala del gran banquete de inauguracion en la esposicion de Londres.

no adviertan lo difícil que es conciliar la gracia con la voracidad: asi es que por todas partes, en todos los rincones, en cada banco, sobre cualquier objeto que no esté absolutamente vedado, saca cada familia sus provisiones, ya el jamon ó la chuleta, ya la tarta ó el

turba le rodea y parece ávida de querer entender. Os apartais luego del objeto que os ha detenido, toda la muchedumbre desaparece. A lo mejor veis un grupo de paisanos ó labradores conducidos por el cura de la parroquia que trata de explicarles algun asunto, pero en

vano buscareis la comprensión en los ojos de todas aquellas gentes rudas, que por la primera vez en su vida ven sederías y ricos muebles, elegantes adornos y dorados espejos, soberbia vajilla y espléndidos tapices: esto en cuanto a las clases más bajas. Si os deteneis a observar a otras gentes cuyo trage denota mayor instrucción, no podéis encontrar mejor criterio ni más desarrollo de inteligencia: «¡Hermoso, magnífico!» Hé aquí la expresión favorita, la frase consagrada que se escucha en todas las bocas delante de todos los objetos. De suerte es que de no visitar la exposición en viernes ó sábado, se concibe una idea demasiado triste de la perspicacia inglesa, que contrasta extraordinariamente con las producciones que tanto en industria, en ciencias como en política, colocan a la nación británica a la cabeza de todos los pueblos. El mejor sistema para recorrer las diferentes salas con algún fruto es entrar por la puerta del E., y seguir toda la nave principal adelante, pararse en el crucero que divide de N. S. el edificio en dos partes enteramente iguales, y que para el curioso observador es la línea ecuatorial que más enseñanza contiene en esta pequeña Babilonia del mundo. En efecto, la Inglaterra se ha reservado para sí y sus colonias toda la mitad O. del palacio y se halla completamente separada del resto de las naciones como por otro canal de la Mancha. Habiendo entrado por la puerta del E. donde se tropieza con un pedazo de puente de tamaño natural, de los Estados Unidos, se puede dar una ojeada a la derecha en el interior de la Rusia para admirar sus muebles de malaquita, y sobre todo dos magníficas puertas, que dicen que un holandés ha comprado en un millón de reales para agregar a la colección de riquezas que ya posee; y que pueden verse en la misma exposición, departamento de Holanda, a saber: un hermoso zafiro que perteneció a Felipe *Egalité*, padre de Luis Felipe, y que forma parte de la historia de sus amores con madama de Genlis, una soberbia agua-marina que estuvo engastada en el puño de la espada de Murat, ex-rey de Nápoles, un anillo pastoral con una piedra jacinto que fué de Gregorio VIII, y otra serie de curiosidades por el estilo. Por la Rusia se puede pasar al Austria, que para hacer resaltar la magnificencia de sus muebles ha habilitado una porción de salas y gabinetes suntuosamente decorados con un lujo y un gusto que ha aterrado a los franceses, quienes tienen la pretensión de ser los únicos maestros en materia de lujo y de buen gusto. En medio de esta profusión de riqueza artística se advierte una fuentecilla que los viernes y sábados despiden un chorro de vinagre de tocador, inundando la estancia de frescura y de perfume. Todas las damas a porfia mojan sus pañuelos en el receptáculo aromático con gran afán y contento. Desde el Austria volvéis otra vez a la nave, os parais delante de la esclava griega, estatua lindísima de un artista anglo-americano: y dejando las estatuas de Adán y Eva, los caballos de Stuttgart, y algunas otras, contemplad el colosal é imponente león de Baviera en bronce; preguntad a alguno que esté enterado de los detalles de la exposición la historia interesante del fundidor alemán que ha llevado a cabo obra tan importante, y si creéis en Dios y tenéis el alma sensible, llorareis sin duda y aprenderéis cuáles son los tormentos de los que se dedican a la industria. Después llamará vuestra atención el grupo en zinc no menos enorme de una Amazona a caballo defendiéndose de un tigre. Este trozo de escultura ha excitado la admiración general, y no se ve por las calles otra cosa que la reproducción en pequeño de yeso bronceado, y en todos los almacenes de música canciones con la litografía ó dibujo del mismo asunto. Sin embargo, aunque generalmente bien ejecutada, es una obra que tiene más de un punto de vista detestable y poco artístico, aparte de la inverosimilitud del ataque del tigre por el pecho del caballo. Al lado hay otros objetos menos interesantes de Berlín, también en zinc, fundidos de una manera notable y que prometen a esta industria un porvenir brillante. Cruzad la nave y entrad en la galería de escultura de Milán, perfectamente dispuesta, y que recibe la luz por arriba difundiendo dulcemente sobre las obras maestras allí reunidas, y que las llaman alemanas; para explicaros este misterio geográfico, aunque en política no lo sea, reparad antes de entrar, a vuestra izquierda, la estatua de hierro fundido de un viejo mariscal. Al ver el desden con que la miran los italianos de larga y poblada barba que junto a ella pasan, adivinareis que es el mariscal Radetzky. Podéis pasar por la Francia, admirar sus obras de orfebrería, sus mil artículos de capricho y adorno: volver de nuevo a la nave, y deshaciendo lo andado por el interior de las salas, echar una mirada por la gran estatua de la reina de Inglaterra fundida en zinc, por las estatuas de Cain y su familia, de San Miguel y el diablo, de Godofredo de Bouillon; paraos un momento delante del interesante grupo de Maza en el acto de sujetarle al caballo, y dejando detrás a Aquiles herido, entrad en un pabellón rojo a contemplar la magnífica vidriera pintada de colores de esmalte, y que representa varios pasajes del infierno del Dante con el retrato del poeta. Sin entrar en el departamento de Sajonia, admirad a la entrada sus magníficas porcelanas, y cruzando de nuevo la nave entrad en la otra parte que ocupa la Francia. Allí se desarrollan sus máquinas, al lado de las de Bélgica; más allá en una sala aparte la soberbia porcelana de Sevres y la tapicería de los Gobelinos.

(Se continuará.)

CRÓNICA DE LOS PRINCIPES DE ASTURIAS. (1)

POR DON NICOLAS CASTOR Y CAUNEDO.

(Continuación.)

CAPITULO VII.

DOÑA JUANA DE CASTILLA Y PORTUGAL (la Beltraneja).

Sentado Enrique IV en el trono de Castilla, pensó seriamente en borrar la nota de su impotencia, asegurando la sucesión de sus reinos, y habiéndole celebrado la belleza de doña Juana, infanta de Portugal, la pidió por esposa, y le fué desde luego concedida. Habían pasado ocho años, y hallábase la corte en Madrid a mediados de marzo de 1462, cuando nació de esta señora una niña, que después de ocho días fué bautizada en la capilla real por el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, asistido de los obispos de Cartagena, Osma y Calahorra. Fueron sus padrinos el embajador de Francia, conde de Armeñac, don Juan Pacheco, marqués de Villena, y la infanta doña Isabel, y la pusieron el nombre de Juana, como a su madre. Mas adelante por su dulzura, bondad y resignación, la llamaron *la escelente señora*. Sin embargo, la historia la conoce con el insultante mote de *la Beltraneja*, a causa de la opinión vulgar de ser hija de don Beltran de la Cueva, de quien la reina estaba por este tiempo locamente enamorada. Don Enrique IV mandó reuniesen las cortes en Madrid para declarar a la que creía su hija por princesa a falta de varón, y en efecto así se verificó en el mes de mayo del mismo año de 1462, teniéndola en sus brazos durante la ceremonia el arzobispo de Toledo, y siendo los primeros que la juraron y rindieron pleito homenaje los hermanos del rey doña Isabel y don Alfonso. Después siguieron los prelados, ricos hombres y procuradores de las ciudades. Parecía con este solemne acto asegurado el porvenir de doña Juana y sus derechos al trono de Castilla, mas el suceso acreditó lo contrario. La conducta liviana de la reina, y las demasías de su amante don Beltran de la Cueva, dieron pretexto al turbulento marqués de Villena, su rival en el favor del rey, para instigar a los grandes a la rebelión, que pretendían justificar con la ilegitimidad de la princesa de Asturias. Llegó el caso de escribir al torpísimo don Enrique que esta era hija de don Beltran, y que pusiere remedio a los males que afligían al reino, y a los perjuicios que se seguían a los herederos legítimos de la corona, desposeyéndoles del principado. El almirante don Fadrique Enriquez aun fué más allá, pues en Valladolid levantó pendones por el niño infante don Alonso. Aquella fué la señal de correr a las armas; muchos grandes, entre los que se contaba el arzobispo de Toledo, fueron a ocupar un lugar en las filas de los sediciosos, y el rey, saliendo por un instante de su apatía é indolencia, reunió un poderoso ejército y marchó con él en dirección de Valladolid. Mas el traidor marqués de Villena no solo le disuadió entonces de que atacase a los sublevados que por su inferioridad numérica hubieran sido vencidos, sino que le obligó a aceptar una conferencia que aquellos le propusieron, la que tuvo lugar entre Cabezon y Cigales. El envilecido Enrique, impotente como hombre y como rey, consintió en ella en anular los derechos que había hecho adquirir a doña Juana, y dispuso que el infante don Alonso fuese entregado a los caballeros rebeldes para que le jurasen en su lugar por príncipe de Asturias. Doña Juana residía entonces en el alcázar de Segovia bajo la custodia del alcaide de esta fortaleza llamado *Perucho de Monzares*, pero desde allí fué conducida por orden del rey a Zamora, que creía lugar más seguro, y fué recibida con el mayor entusiasmo. Don Enrique, ya pesaroso de su anterior conducta, quiso devolver a la ex-princesa su perdida dignidad, y al efecto reunió tropas y pidió socorros al rey de Portugal (de quien nada alcanzó); pero estos aprestos tuvieron el resultado que otras veces, y vinieron a parar en otra entrevista en que los rebeldes prometieron dar a don Enrique la obediencia y negársela al infante don Alonso, a quien habían proclamado rey. Sin embargo nada cumplieron. Aun se humilló mas el menguado monarca de Castilla, pues cediendo a otra exigencia de sus va-allos les entregó en rehenes la persona de doña Juana, que fué conducida por el marqués de Santillana, que se decía partidario del rey, al castillo de Buitrago, donde más adelante se le fué a reunir la reina su madre. En la famosa conferencia de los Toros de Guisando en 1468, quedó de nuevo doña Juana despojada por Enrique IV de todas las esperanzas que pudiera tener a sucederle, pues aquel miserable fantasma de monarca, consintió allí fuese jurada por princesa su hermana doña Isabel, y que su esposa é hija doña Juana fuesen enviadas a Portugal, confesando con juramento que esta «no había sido por él engendrada, pues la adúltera reina la había concebido de otro varón, é no del» (2). Protestaron solemnemente madre é hija de tan infame declaración ante el legado del papa, y don Enrique, arrepentido ya de lo hecho, pidió al pontífice no sancionase con su aprobación el acuerdo hecho en el monasterio de Guisando, y pues le habían violentado. Los partidarios de la ex-princesa doña Juana trataron de que se casase con el hijo primogénito del rey de Portugal; pero esto no se verificó.

(1) Véase el número 101.

(2) Valera. Crónica manuscrita de Enrique IV.

Poco después Carlos, duque de Guena, hermano del rey de Francia, la solicitaba por esposa, y don Enrique se la otorgó. Para verificar los desposorios que debían ser por poderes, señaló éste el monasterio del Paular en el valle de Lozoya, a donde hizo venir a doña Juana, que entonces contaba nueve años, a la reina, a los embajadores de Francia, y a todos los grandes y prelados, afiliados en su partido, el 6 de octubre de 1470. Dióse principio al acto con la lectura de una cédula real, en que don Enrique expresaba que venía en desheredar a la princesa doña Isabel por haber contraído matrimonio sin su consentimiento, y que devolvía a su hija doña Juana los derechos de sucesión a la corona de que injustamente se le destituyera. En seguida el rey y la reina juraron sobre el libro de los Evangelios que tenían en su mano el cardenal legado del papa, que *doña Juana era verdaderamente hija suya*. Entonces todos los grandes y obispos que allí estaban la aclamaron de nuevo por princesa de Asturias, y la juraron por tal besándole la mano, y el cardenal la casó con el conde de Boloña, representante del duque de Guena. Terminadas estas ceremonias se dirigió la corte a Segovia, donde la joven princesa mereció señaladas muestras de interés. No llegó doña Juana a reunirse con su esposo, pues éste murió en 1472, sin haber venido a España. Enrique IV trató entonces de concertarle un nuevo enlace con el rey de Portugal; pero aunque este se convino al pronto, después retiró su palabra. Tampoco se verificó con el infante de Aragón don Enrique por sobrenombre *Fortuna*, aunque estuvo este contrato muy adelantado. De allí poco falleció en Madrid Enrique el Impotente, y aunque no otorgó testamento, dijo en sus últimos momentos que dejaba por sucesor en el reino a la princesa doña Juana. El nuevo marqués de Villena, decidido protector de esta desgraciada señora, la condujo a Escalona, donde hizo darla el título y tratamiento de reina de Castilla, é invitó al rey de Portugal don Alfonso V, para que la protegiese como pariente más cercano, y la tomase por esposa. Aceptó aquel esta propuesta, que le presentaba una probabilidad de ceñirse la corona de Castilla, y en mayo de 1475 se verificó el casamiento en Trujillo, aunque respetando el estrecho parentesco que los unía no lo consumaron aguardando la dispensa pontificia. No cumple a nuestro objeto seguir a *la escelente señora* en todas las fases de su triste historia; baste saber que tampoco llegó a consolidarse este su segundo matrimonio, y que después de una guerra desgraciada sostenida por el rey de Portugal y los castellanos sus parciales para colocarla en el trono, se retiró al convento de Santa Clara de Coimbra, en el que tomó el velo en 1480. Allí terminó su vida ejemplar, que fué muy dilatada.

CAPITULO VIII.

DON ALFONSO DE CASTILLA Y PORTUGAL.

El nacimiento de este príncipe, tuvo lugar en Torresillas el 13 de noviembre de 1453, teniendo por padres al rey don Juan II de Castilla, y su segunda esposa doña Isabel de Portugal. Aunque fué muy corta la vida de don Alfonso, hubo su nombre de figurar en la historia en razón a las revueltas que entonces afligían a Castilla. En el testamento de don Juan II se ordenaba que a don Alfonso, a la sazón de ocho meses de edad, se diese en administración el maestrazgo de Santiago, y se le concediese con la dignidad de condestable de Castilla, vacantes uno y otro por muerte de don Alvaro de Luna. Ya hemos visto en el capítulo anterior, que alzados los grandes contra el imbécil rey don Enrique, declaró ilegítima a doña Juana la Beltraneja, y que en las conferencias que se celebraron no lejos de Valladolid, entre Cigales y Cabezon, consintió aquel en desheredarla. A consecuencia, el joven infante don Alfonso, que solo contaba once años, fué traído desde el alcázar de Segovia donde moraba con su hermano el rey, al mismo Campo de Cabezon, donde fué jurado príncipe de Asturias, quedando, como ya hemos dicho, en poder de los rebeldes (como en rehen y garantía), los que le condujeron a Plasencia. Todo esto tuvo lugar en 1464. Muy poco tiempo llevó don Alfonso el dictado de príncipe y heredero del trono, pues hallándose en Avila, fué tumultuosamente proclamado rey el miércoles 5 de junio del año siguiente, después de haberse celebrado la extraña ceremonia de la deposición en estatua de Enrique el Impotente (4). Tres años y un mes cedió Alfonso aquella efímera corona durante los que estaba como preso y era no mas que un maniquí en manos de los sediciosos, de los que intentó huir para reunirse con su hermano. Declarada la peste en Arévalo, donde se encontraba, trataron aquellos de trasladarle a Avila; pero hicieron la primera jornada en el lugar de Cardenosa, donde falleció repentinamente el martes 5 de julio de 1468. Esto dió lugar a distintas versiones, asegurando unos fué su muerte causada por la epidemia

(4) «La cosa pasó de esta manera. Fuera de los muros de Avila, levantaron un cadalso de madera, en que pusieron la estatua del rey don Enrique con su vestidura real y las demás insignias de rey, trono, cetro y corona: juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto, un pregonero a grandes voces, publicó una sentencia que contra el primero nunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decían tenía cometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estatua poco a poco, y a ciertos pasos, de todas las insignias reales: últimamente, con grandes baldones, le echaron del tablado abajo. El infante don Alfonso, que se ballaba presente a todo, fué puesto en el cadalso, y levantado en los brazos de los nobles, le pregonaron por rey de Castilla, etc.» (Blairiana, lib. XXIII, cap. IX.)

nia reinante, y otros, en mas número, por una trucha emponzoñada servida por los parciales del rey, señalando otros al marqués de Villena por perpetrador de este atentado. El cadáver de don Alfonso fué depositado en la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos, al lado del sepulcro del rey su padre.

CAPITULO IX.

DOÑA ISABEL DE CASTILLA Y PORTUGAL (la Católica).

Aun tenemos con repugnancia que ocuparnos del vergonzoso reinado de Enrique IV. Desconcertados los rebeldes por la inesperada muerte de don Alfonso, y careciendo de caudillo y de bandera, volvieron sus miras á la ínclita infanta doña Isabel. Habia nacido esta señora en Madrigal (1) el 23 de abril de 1454, y su padre la dejara al morir heredada con la villa de Cuellar. Los malcontentos propusieron al rey como una de las condiciones de la paz, que la infanta doña Isabel se desposase con frey don Pedro Tellez Giron, maestre de Calatrava, á lo que accedió aquel á pesar de la visible repugnancia de su hermana. Por fin no llegó á verificarse este enlace por la muerte del maestre ocurrida en 1466. La infanta, abandonando á Segovia, fué á reunirse en Avila con su hermano don Alfonso, y muerto éste, el arzobispo de Toledo, á nombre de los conjurados, le ofreció la corona y demas insignias reales, pero la noble Isabel rechazó enérgicamente esta propuesta, aunque aceptó el título de princesa de Asturias, y heredera del reino despues de la muerte de don Enrique. Convino éste en reconocerla por sucesora, con tal que los rebeldes depusieran las armas, y se señaló el monasterio de Guisando para avistarse unos y otros, y firmar el tratado. En efecto, el 19 de setiembre de 1468, se reunieron allí la infanta doña Isabel y sus parciales, el legado del papa, el rey y los grandes que estaban á su devocion, y fué aquella jurada solemnemente por princesa de Asturias, prometiendo por su parte no contraer matrimonio sin consentimiento de su hermano. Despues se dirigió doña Isabel á Ocaña, donde permaneció, en tanto el rey hizo un viage á Andalucía. Varios príncipes solicitaban su mano, como eran el duque de Berry y el rey de Portugal; pero rechazó á uno y otro por tener en secreto, por mediacion del arzobispo de Toledo, tratado su enlace con don Fernando, príncipe de Gerona y heredero de Aragon, que contaba de edad 16 años, y era de buen parecer. Doña Isabel se trasladó desde Ocaña á Madrigal, donde residia su madre la reina viuda. Allí quisieron apoderarse de su persona el maestre de Santiago y el arzobispo de Sevilla; pero acudiendo á socorrerla el almirante de Castilla, y el prelado de Toledo con razonable número de ginetes, la condujeron en triunfo á Valladolid.

Don Fernando, que á la sazón estaba ocupado en la guerra de Cataluña, acudió presurosamente á Castilla disfrazado, y acompañado no mas que de cuatro personas. A su tránsito por Osma se le incorporó don Diego Manrique de Lara conde de Treviño, con doscientos ginetes que le sirvieron de escolta hasta Dueñas donde tuvo una entrevista con la princesa de Asturias para acordar las disposiciones necesarias para llevar á cabo su matrimonio. Verificóse efectivamente á los pocos dias en Valladolid, en las casas de Juan de Ribero un miércoles 18 de octubre de 1469 sin ninguna pompa ni aparato pues la falta de dinero era tal «que les fué necesario, dice Mariana, buscarle para el gasto, presado.» Así se celebraron aquellas bodas en que iba envuelta la futura grandeza y prosperidad de España. El arzobispo de Toledo don Alonso de Carrillo no solo dió á los augustos desposados la bendicion nupcial, sino que removió todos los obstáculos materiales que para tal union se presentaban, asegurando tenian dispensa del parentesco, lo que no era cierto, pues la bula del papa sobre el particular, no fué expedida hasta muchos años adelante. Apenas casada doña Isabel se retiró á Dueñas con su esposo y desde esta villa escribió sinceramente al rey don Enrique disculpándose de haber apresurado sus bodas por razones de alta importancia y solicitando su gracia, pero no mereció respuesta. Aconteció en aquellos dias un tumulto en Valladolid contra los cristianos-nuevos ó descendientes de judíos y los príncipes acudieron allí para restablecer la tranquilidad pero no pudieron conseguirlo por sí mismos porque llegó el rey llamado por aquellos, y se apoderó de la ciudad. Don Fernando y doña Isabel regresaron á Dueñas donde despues de algun tiempo dió la princesa á luz una niña que llevó su mismo nombre. En tanto el rey al tiempo de los desposorios de doña Juana la Beltraneja con el duque de Guena en el valle de Lozoya, declaró á esta por hija suya y heredera del reino desposeyendo del principado á su hermana doña Isabel. Sin embargo el partido de esta noble princesa crecia por momentos. La villa de Aranda de Duero era pertenencia de la reina doña Juana, pero indignados sus habitantes de sus continuas y escandalosas liviandades llamaron á doña Isabel y la reconocieron por señora. Vino esta á Aranda acompañada del arzobispo de Toledo que tenia convocado para la misma poblacion un concilio provincial, en apariencia, pero en realidad una junta de eclesiásticos con objeto de aumentar el número de parciales de los príncipes. En tanto Andrés de Cabrera, muy privado del rey y esposo de una camarera de doña Isabel, empleaba toda su influencia en

reconciliar á esta con su hermano, al que logró persuadir la llamase á su lado. Vino la infanta á Segovia el 28 de diciembre de 1474, y avisado el rey de su llegada, en el bosque de Balsain donde cazaba, corrió á abrazarla con toda la ternura fraternal, y tuvieron una larga plática. La noche siguiente cenó doña Isabel en el Alcázar con el rey, y al otro dia salieron ambos á recorrer á caballo las calles de la ciudad llevando don Enrique en muestra de galanteria las bridas del palafren de la princesa. Esta reconciliacion fué celebrada con alborozo no solo por los segovianos sino por todos los españoles. El príncipe don Fernando que aguardaba el resultado de esta entrevista en Turégano, vino á Segovia llamado por su esposa y fué igualmente bien recibido. El dia de la Epifania pasearon de nuevo á caballo el rey y los príncipes, seguidos de un lucido acompañamiento, por la ciudad. «Despues del paseo yantaron juntos y á una mesa en las casas obispaes, en que Andres de Cabrera les tenia aparejado un banquete muy regalado.» «Alzadas las mesas hubo música y saraos, y por remate trajeron colacion de conservas varias y muy regaladas (1).» Sin embargo, los regocijos de aquel dia fueron interrumpidos por un incidente desagradable; pues el rey se sintió acometido de agudos dolores tanto que algunos supusieron se le habia dado veneno. Doña Isabel prodigó á su hermano los mas tiernos y cariñosos cuidados durante su enfermedad, mas no logró alcanzar de él, aunque agotó todos los medios que sus talentos la sugerian, que confirmase la declaracion hecha y jurada en las córtes de Guisando. Convalecido el rey redoblaron sus esfuerzos los partidarios de la Beltraneja, y aun intentaron apoderarse de los príncipes de Asturias lo que obligó á don Fernando á huir á Turégano, mas la grande Isabel siempre valerosa y resuelta, permaneció en Segovia hasta la muerte de su hermano, que como expresamos en otro lugar aconteció en Madrid en 1474. Apenas llegada esta nueva á la citada ciudad se levantó en la plaza un gran tablado en el que con la mano sobre los Evangelios juraron todos los presentes obediencia y fidelidad á doña Isabel y su esposo, y levantando un faraute el pendon real gritó: ¡Castilla, Castilla, Castilla por la reina doña Isabel y el rey don Fernando! Repetidas aclamaciones del pueblo acogieron estas palabras y aquella ceremonia que inauguraba el mas glorioso y feliz reinado que en los anales de España se consignan, quedó terminada. Los posteriores sucesos de Isabel la Católica desde el momento en que dejó de ser princesa de Asturias, no pertenecen á esta narracion y por tanto nos contentaremos con decir que su muerte aconteció en el castillo de la Mota de Medina del Campo, en 26 de noviembre de 1504.

CAPITULO X.

DOÑA ISABEL DE ARAGON Y CASTILLA.

Fué su nacimiento en 4.º de octubre de 1470, en Dueñas, villa en que residian sus padres don Fernando y doña Isabel en aquella época príncipes de Asturias. Uno de los primeros actos de estos tan luego se vieron afianzados en el trono, fué juntar córtes en Madrigal el año de 1476, en las que se juró por princesa á doña Isabel, á falta de varon. En 4 de mayo del mismo, se concertó para en adelante el casamiento de la princesa Isabel con el infante don Fernando, nieto del rey de Nápoles, debiendo formar su dote, en caso de no heredar la corona 150.000 escudos que la daban sus augustos padres, y 200.000 que debía aportar como arras el esposo. Nada de esto se realizó. Dos años poseyó doña Isabel el principado de Asturias pues habiendo nacido su hermano el infante don Juan le fué á este trasferido. Una de las cláusulas del tratado de paz firmado entre la reina Católica y el rey de Portugal, fué el casamiento de don Alfonso nieto y heredero de este, con la ex-princesa doña Isabel, la que deberia en clase de rehen ser depositada en el castillo de Mora, bajo la guarda de doña Beatriz Pacheco, condesa de Medelin, su próxima parienta. En tal estado permaneció hasta 1483, que en razon á nuevos tratados volvió á reunirse con sus padres. En 1488, vino á Castilla un embajador del rey de Nápoles á reclamar la mano de doña Isabel para don Fernando, príncipe de Capua, en cumplimiento de lo tratado anteriormente, mas nada alcanzó por tener los reyes Católicos otros proyectos respecto á su hija que era unir la al príncipe don Alfonso de Portugal, como por fin se realizó en el año siguiente á 24 de noviembre en Estremoz, dando la bendicion nupcial el arzobispo de Braga. A los pocos dias, habiendo muerto el príncipe de una caída de caballo, doña Isabel volvió á Castilla. Solicitando su mano el nuevo rey de Portugal don Manuel I, le puso por condicion, siguiendo el espíritu intolerante de la época, que habia de arrojar de su reino los judíos y moriscos. Verificóse la espulsion y el casamiento en 1497, aunque despues de vencer varias dificultades y dilaciones, en Valencia de Alcázar, donde estuvieron por tres dias el rey de Portugal y los de Castilla. No se terminaron aun los regocijos de estas bodas, cuando llegó la noticia de la muerte del príncipe don Juan, acontecimiento que devolvía á doña Isabel los derechos de que el nacimiento del mismo la desposeyera. Llamada al efecto por sus padres, vino á España en el año siguiente de 1498, acompañada del rey su esposo, siendo recibida en Badajoz por los duques de Alba y Medinasidonia y otros muchos señores. Fué á pasar la Semana Santa, al mo-

nasterio de Guadalupe, y el 26 de abril, hizo su entrada en Toledo, ciudad destinada para reunir las córtes que debian jurarla por segunda vez princesa de Asturias. Celebróse esta ceremonia con la solemnidad de costumbre, el domingo 24 del mismo mes en la catedral primada. De Toledo marchó doña Isabel en compañía de su esposo y padres á Zaragoza, donde debia ser jurada por princesa de Gerona y heredera de Aragon, á lo que se opusieron los habitantes de este reino por no estar consignado en sus leyes particulares que pudiesen las hembras ceñir la corona. No habian aun logrado los reyes Católicos remover estos obstáculos, cuando la noble heredera de España y reina de Portugal fué acometida de los dolores de parto, y falleció despues de haber dado á luz un niño. El cuerpo fué conducido á Toledo, y sepultado en el convento de monjas de Santa Isabel que habia erigido su augusto padre Fernando el Católico. (Se concluirá.)

EPISODIO HISTORICO-NOVELESCO.

XV.

PRIMERA VISITA EN ARGEL.

Al entrar Zubiri en Argel, su guia le condujo por estrechas callejuelas á una, que sin ser mas ancha, era tanto ó mas sucia que las demas y menos transitada.

Distinguiase en ella una casa de mediano aspecto; pero muy superior al de cuantas la rodeaban. Penetró en ella Zubiri con el guia, y al pasar el zaguan se halló en un patio verdaderamente oriental, lleno de arbustos y macetas. En un lado inmediato á una columna fijó su atencion una estatua de extraño aspecto.

—¿Quién es ese? preguntó á su guia.

—Un mozo de cordel.

—¿Un mozo de cordel? repuso asombrado.

—Exactamente. ¿Os asombráis de que á una persona de su clase erijan estatuas?

—Precisamente.

—Pues tened entendido que ese mozo que era criado de todos, era dueño y señor de esta casa; y las mugeres que la habitan hoy, de las cuales estaba enamorado, le querian tambien tanto, que á su muerte le han erigido esa estatua vestida con su traje de mozo de cordel.

Contempló un rato Zubiri despues de esta conversacion, y siguió despues al guia que empezó á subir por una ancha escalera.

Mas de una vez volvió nuestro compatriota la vista hácia la estatua; pero incapaz él de elevados pensamientos, concebía, sin embargo, ideas que no sabia expresar; le halagaba se trasmitiese la memoria de un hombre de clase humilde y aun sobrado plebeya, y gozaba en contemplarle.

Terminada la escalera penetraron en un cuarto decentemente amueblado, donde fueron recibidos por una hermosa jóven mora, que al momento conoció al guia de Zubiri. Trataron á uno y otro con marcada distincion, obsequiándoles con una opipara mesa, y antes de terminarse la comida se presentaron dos árabes, á quienes entregó Zubiri el pliego que llevaba, despues de mediar entre ellos algunas palabras.

Se retiraron luego estos árabes á una pieza inmediata, á la cual les siguió el español. En esta pieza estaban reunidos como unos cuarenta argelinos. Conjurados allí, esperaban las noticias que condujo Zubiri en el pliego; al leerlo se pintó la mayor satisfaccion en todos los semblantes. Se participaba estar dispuesta una gran masa de tribus que se dirigirian en un dia determinado á Argel; que en cuanto se aproximaran á la poblacion se insurreccionarian los argelinos, abririan las puertas de la plaza, y pasarían á degüello á los soldados europeos.

Tratóse los medios de ejecutar el alzamiento, y convenidos volvió á marchar el guia de Zubiri llevando la contestacion al aduan en donde recibió el pliego.

Los demas conjurados se retiraron.

Zubiri se quedó como necesario en Argel, y alojado en la casa de que hemos hablado,

XVI.

EL HOSPEDAGE DE ZUBIRI.

La casa en cuestion era una casa pública, por lo cual fué la elegida para las reuniones de los conjurados.

En cuanto Zubiri quedó solo volvió á pensar en su situacion. Sin reflexionar ni vacilar mucho comprendió al momento su deber, y se propuso cumplirlo en el siguiente dia. En el interin, quiso pasar el anterior feliz ó distraido con la buena compañía que la casualidad le habia proporcionado.

Las habitadoras de la casa donde se hospedaba Zubiri eran mugeres solas, aunque no aisladas del trato de los hombres. Solas en su cuarto, conforme representa la lámina, se vieron interrumpidas de repente por Zubiri que con española franqueza penetró en aquella habitacion tan bien ocupada. Recibióle, sin embargo, afablemente, y despues de algunos momentos de agradable conversacion le invitaron á jugar, y le dieron una hermosa pipa de ambar para que fumase y pusieron á su lado una lindísima cafetera de plata.

Seguramente que no tuvo Zubiri momentos mas felices que estos.

Escusado es decir que la noche fué para él encau-

(1) Su nacimiento tuvo lugar en el magnífico convento de Agustinas de Nuestra Señora de la Asuncion, que en aquella época era palacio real.

(1) Mariana, lib. XIV, cap. I.

tadora; solo un inconveniente tuvo, el de quedarse sin un cuarto y empeñado. Pero una y otra cosa le importaba poco.

Llegó el día que esperaba y corrió al alojamiento del gobernador de Argel. Conducido á su presencia le declaró la conjuración proyectada, y para dar crédito á su relato refirió cuanto le habia sucedido desde que cayó en poder de los árabes. Identificóse en el acto su persona, y el gobernador entonces le mandó dar el premio, que sin saberlo Zubiri, se ofreciera el día antes al que delatara alguna conjuración de los enemigos. El premio consistía en 3,000 francos, y este dinero que hacia rico á Zubiri podia tomarlo sin escrúpulo, pues se trataba de los que siempre fueron sus enemigos bajo todos aspectos. Sin embargo, delató el hecho, pero no las personas, agradeciendo el hospedage recibido.

Encontrábase ya rico y corrió á ver á sus antiguos compañeros. Celebraba con ellos su regreso y contábase sus aventuras cuando les interrumpió el apresurado toque de llamada. Corrieron todos á las armas incluso Zubiri, y á poco salieron de la poblacion cerrando las puertas y dejando centinelas en ellas para que nadie saliera.

Toda la noche estuvo andando el ejército. Los primeros albores del nuevo día alumbró al campamento europeo: se hizo alto y se dió descanso.

Dada la señal de ataque en ambos campos á un mismo tiempo, se lanzó la caballería árabe con ese extraordinario impetu que les es peculiar, y destrozó las primeras filas de los franceses; mas, avanzaron las se-

Zubiri se portó como un héroe en esta accion, y tanto se distinguió, que entre otras mercedes que se le concedieron, fué una la de formar el primero de todo el ejército.

La noche, como sucede despues de una batalla, la pasaron entregándose al juego y al descanso oficiales y soldados.

El círculo de Zubiri era el mayor: estabárico, y atrajo mas jugadores. Como el botin habia sido grande, todos tenían dinero: todos, pues, jugaban.

A la mañana siguiente, al terminar el toque de diana, se tocó llamada y se dió la orden para pasar revista y seguir marchando.

Zubiri estaba todavía jugando.

Al oír tocar llamada —A las armas, dijo uno.

—Espera, contestó Zubiri.

—Si nada te queda ya, ¿qué vas á jugar?

—¿Qué voy á jugar? replicó mirándose de los pies á la cabeza... vive el cielo... ¡ah! mis zapatos... miradlos... son nuevos...

—Contra esta moneda, dijo otro.

—Vaya, contestó Zubiri.

En dos segundos estaba éste sin zapatos. El cabo llegó entonces haciendo correr á los jugadores.

Se formaron todos por compañías, y se les dió un instante de descanso. En el interin se separó Zubiri detrás de un valladito y se quitó la mochila.



Grupo de soldados árabes.

XVII.

UNA BATALLA.

El campamento era vistoso; y los grupos que se veian dispersos por todas partes, ofrecian puntos de vista encantadores, por la variedad de los uniformes argelinos cuyos soldados formaban con los franceses. Allí se podian estudiar los diferentes tipos y variadas razas de unos y otros combatientes; allí se podia ver en los indigenas que formaban en las filas europeas, las divisiones lamentables que la lucha ó la ambicion y encontrados intereses engendran en un mismo país produciendo esa contienda civil que pone las armas en manos de padres contra hijos, de hermanos contra hermanos, de amigos contra amigos; y allí en fin se podia estudiar una causa justa llevada al terreno de la fuerza.

Pero no es nuestro propósito estendernos en digresiones: seguiremos nuestra historia, y veremos el campamento puesto otra vez en movimiento. Se acercaba el enemigo, y era llegado el momento de pelear. Puestas en orden las tropas europeas, avistaron á los africanos, que tambien se hallaron inesperadamente con sus contrarios; pero no podian retroceder, y arreglaron su caballería é infantería.

gundas, y como los ginetes árabes se baten á la desbandada, cargó ademas sobre ellos la caballería francesa, los derrotó, los dispersó, y la infantería en tanto batió completamente á la africana.

XVIII.

(Conclusion.)

Afanado estaba Zubiri frotándose los pies con un cepillo cuando el son de las cajas le llamó á las filas. Arregló su mochila, cogió su fusil y corrió á su puesto sin hablar una palabra.

El general mandó formar en batalla: fué obedecido, y todo el ejército presentaba una estensa y uniforme linea. Zubiri, como hemos dicho formaba el primero.

El mismo general revistaba uno á uno á los soldados; y con alegre satisfaccion se acercó á nuestro compatriota que se hallaba poseido entonces de una gravedad cual nunca habia usado.

—Bien por los valientes, le dijo buen francés. Sois un héroe... ¿de dónde sois?

—De Tudela, le contestó tambien en el mismo idioma.

—¡De Tudela!... ¡ah! ya, sois español.

—Si, mi general.

—Y queréis volver á vuestra patria.

—Con el alma y la vida...

—Está bien... Me gusta esa apostura militar... pero ¿qué es eso?... ¿y vuestros zapatos? preguntó el general sin poder contener la risa que desahallaba su boca al ver lo embetunados y brillantes que tenia los pies descalzos. Vamos, contestad...



Zubiri en su hospedage.

La batalla fué sangrienta; pero el triunfo fué de Francia. Al declinar el sol se acampaba el ejército, y pasó la noche vivaqueando en el campo de batalla.

Zubiri permaneció callado. El general quiso formarse entonces y le dijo:

al fin el general soltó una careajada y siguió adelante. Cuando se marchaba dijo Zubiri:

el mundo hasta el segundo que ha nacido para perder lo conquistado, cada cual nace para una cosa dada y la muger nace para darse á sí misma en matrimonio. Una de dos cosas: ó se suprimen las hijas, ó sus padres han de criarlas para casadas. Son mugeres y de mugeres ni pueden pasar ni pasan; el hombre es el que tiene la facultad de seguir siendo hombre ó de hacerse marido. ¡Pues bueno fuera que la muger no asegurase su sexo refrendándole ante el vicario! Enhorabuena que cuando nace sea solo muger, pero cuando crece es natural que aspire á ser muger de alguien; y este alguien. ¿quién mejor que un hombre?

Nada, amigas mías, estoy perfectamente de acuerdo con que vds. hagan sus primeros estudios en casa de sus padres, y en que terminen felizmente su carrera tomando el grado de bachilleras y el de licenciadas en la facultad matrimonial; en cuanto á la investidura de doctoras, equivaldría á casarse tercera vez, y no quiero darlas mi consentimiento para tanto. Malo es que á un hombre le condenen á pasar la vida oyendo decir que vale menos que el difunto; pero decirle que hay dos difuntos que valian mas que él es algo terrible, y espuesto á que le de la tentacion de morirse por valer tanto como sus predecesores. Conténtese la que mas con dos maridos, que si haciendo justos se gana el cielo, no se quedará ninguna sin ganarlo. Tengo además otras razones para prohibirlas el tercer matrimonio, y una de ellas es de pura conveniencia para ustedes, porque si cada muger se encargase de criar tres hombres para maridos, resultarían muchas doncellas escedentes, y es género que no tiene salida en partidas grandes. En buen hora que no se escape un solo hombre sin ser marido, porque ellos son pecadores, y no se les puede enviar al otro mundo sin que hagan penitencia; pero hágase todo con su cuenta y razon; si no es cierto lo que dicen algunos de que la razon es un género de contrabando en esta materia de que ahora nos ocupamos. Hay quien dice (¡dicen tanto!), que así como los frailes en el acto de pedir el hábito, hacian voto de pobreza renunciando los bienes mundanos, los maridos, en el acto de serlo, hacen otro voto para el que es preciso renunciar á la razon.

Pero vive Dios, que me he estraviado del propósito de este preámbulo y que aun no he contestado á la curiosidad de las lectoras diciéndolas si soy casado ó soltero; ó viceversa, porque el que ha sido una vez lo primero, no puede volver á ser lo segundo. El estado de soltero se pierde como el dinero que se juega al monte en el momento que viene la carta contraria; el hombre pacifico deja de ser soltero en el momento que le echa la vista encima una muger colérica, por aquella ley fisica que enseña, que los fluidos semejantes se repelen y los desemejantes se atraen. Decia, que aun no he satisfecho la que supongo curiosidad de mis lectoras, y digo y repito que no pienso satisfacerla aun, sino probarlas que de nada las serviría semejante noticia. Supongamos que yo sea casado ¡tantos conozco yo que se van al otro mundo sin saber lo que les ha sucedido mientras han estado siendo medio matrimonial! Y figúrense vds. por un momento, nada mas que por un momento, y de prisa, que soy soltero; ¿creen ustedes que haya nadie que mejor conozca los últimos momentos de un reo de muerte, que el que está próximo á entrar en capilla? Pues ahora bien, amigas mías, que por tales os tengo á todas, por mas que torzais el gesto á lo que llevo dicho, si hay casados que lo han sido sin sacar mas ventajas de la práctica que la experiencia de mi baul despues de haberme servido de compañero en un largo viaje. ¿qué adelantariais con que yo fuese uno de tantos? ¿Y si por el contrario hay solteros que antes de emprender el viaje eterno estudian en el mapa matrimonial, todos los caminos y encrucijadas, perderiais algo con que yo fuese soltero? Bien sé que me direis que en tenerme soltero toda la vida perderéis un marido; ¿pero qué vale un marido, donde hay tantos que valen tan poco? ¡Un marido es por lo menos tan abundante como una muger, y ay de vosotras el dia en que sobrasen los hombres, y tuviérais que andarlos escogiendo uno por uno! Cuando niñas, y supongo que ninguna de vosotras querrá dejarlo de ser aun, os habrán referido la fábula del pez pequeño que le rogaba al pescador que le soltara ofreciéndole volver cuando fuera mas grande; no olvidéis nunca que el pescador no accedió á la súplica porque sabia el refran castellano que dice: mas vale pájaro en mano que ciento volando. Nada, hijas mías, nada, en echando la red el primer pez que caiga es bueno; al poco tiempo todos son iguales y ninguno de ellos ha de pasar de ser marido; como no ascienda á la categoria de viudo, lo cual os ruego que eviteis á todo trance porque uno de los preceptos de la Sagrada Escritura es el de la conservacion del individuo.

Lo único que os encargo es que procureis hacerle feliz por todos los medios posibles. Si Dios os ha de conceder doce hijos pedidle que no sean once; y aunque os cueste alguna incomodidad y sufrais algun quebranto en vuestra salud, dejad que un par de nodrizas crien á los niños, y así rodeado de tan numerosa familia, forzosamente ha de ser vuestro esposo un patriarca. Sin mas que regalarle esos elementos podeis entregaros al descanso y tomar aires ó baños de mar, seguras de que vuestro esposo tiene lo bastante para ser feliz; sino logra serlo la culpa será suya no vuestra, ni de los doce niños ni de las dos amas de cria. Cuando os pregunten el oficio de vuestro marido, podeis contestar sin escrúpulo, que es de profesion, feliz. A mí me tendreis siempre de vuestra parte, porque yo os amo á todas como á mi mismo, y por mas que el tono



Zubiri en la revista.

—¿Sabéis la pena en que habeis incurrido? Pero continuaba Zubiri con su ridícula gravedad y

—No necesito zapatos para vencer á los moros. Lo oyó el general y siguió. Al terminarse la revista, emprendió el ejército su regreso á Argel, y en el mismo instante recibió Zubiri un caballo que le envió el general diciéndole, que conservára en la marcha sin lastimarse los pies con que sabia vencer á los enemigos. En cuanto llegó á Argel le entregó el mismo general su licencia, le regaló el caballo y le dió mil francos para el viaje, que le emprendió al instante, deseando Zubiri regresar á su patria, donde pudo entrar sin obstáculo, y hoy se halla en su pais donde nos ha referido lo que nosotros al público.

A. PIRALA.

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO.

Gran coleccion de cuadros vivos matrimoniales, pintados por varios solteros, malogrados en la flor de su inocencia.

PREFACIO.

Lababo inter inocentes manos mens.... Me lavo las manos y que salga el sol por Antequera.

Si el lector quiere que yo le diga por donde van á empezar las mugeres á leer estos articulos, yo se lo diré bien pronto seguro de no engañarme. Apostemos, cualquier cosa, aunque sea una muger con vocacion de casada, prenda no muy dificil de hallar, á que lo primero que leen es la firma, y á que luego se preguntan á sí mismas si el autor es casado ó soltero. Y apostemos tambien á que la última noticia no les sirve para nada y á que yo he de satisfacer su curiosidad en el último cuadro. Pero ya se ve, ellas dirán que necesitan saberlo anticipadamente para dar fé ó no á lo que les diga, y en ese caso su deseo es justo; hay sin embargo un medio de que todos quedemos satisfechos y es el de que yo siga guardando el secreto y que cada una de ellas me haga libre ó esclavo á su antojo; licencia que vale mas de lo que parece, y que si todos los hombres hicieran lo mismo, pronto se acababan los ejércitos ó el reemplazo no habia de hacerse con solteros. Decir á una muger que elija entre conservar á un hombre soltero ó casarle, seria lo mismo que poner el agua del cielo á disposicion de los labradores, el sol en manos de los fabricantes de sombrillas, y el empedrado de las calles bajo la direccion de los zapateros. Al segundo dia de haberlas otorgado el privilegio de hacer maridos, seria mas dificil hallar un soltero de catorce años, que acertar seis números en una misma extraccion de la loteria primitiva. Y no se crea que esto tendria nada de extraño, ni que yo acrimine á las mugeres por semejante prurito matrimonial; desde el primero de los Napoleones que nació para conquistar



Estátua erigida á un mozo de cordel.

con que he empezado á hablaros os haya parecido algo duro, no tengais cuidado que soy de los vuestros. Leed estos cuadros que ahora os ofrezco, y que mi editor os habia prometido ha mas de un año, engañándoos, no por su culpa sino por la mia, y estad seguras de que los presentes articulos han de ayudar bastante al triunfo de vuestra bandera. No se lo digais á los hombres, no haga el diablo que recelen, pero tened entendido que la caña de este anzuelo está en el palacio de la calle de la Pasa; en cuyo edificio escuso deciros el tesoro que se encierra; basteos saber, si alguna de vosotros lo ignora, que allí reside la varilla mágica para hacer de dos familias una. Milagro muy importante hoy que las casas no abundan. En suma ¿quereis saberlo de una vez?... Pues, no se lo digais á nadie, pero yo estoy pagado por una sociedad secreta de mugeres para hacer maridos; con que ya podeis figuraros si pintaré el matrimonio punto menos ó punto mas que la felicidad suprema.

Y en cuando á lo que veniamos hablando y de lo que tanto me he distraído, sobre cual es mi estado actual, no os importa saberlo: nada voy á deciros de mi propia cosecha; los presentes cuadros los heredé de un amigo mio que habia estado casado cuatro veces: la primera con una viuda de tres maridos; la segunda con una de dos; la tercera con otra de uno; y la cuarta, cuando él tenia sesenta años de edad, con una niña de quince, que si se descuida no cumple los diez y seis; pero vive y acaba de yengár á la segunda de sus antecesoras, quedando ella viuda del segundo marido. Yo no he hecho otra cosa sino restaurar los lienzos porque estaban deteriorados. En ellos no vereis la historia de mi amigo, sino la de otros varios; pero todos maridos, y ya os he dicho antes y os repetiré siempre, que en esto no hay eleccion, y que el marido pobre como el medianio y el rico no son otra cosa sino maridos.

Ahora bien, confiado en que vosotras me hareis las observaciones que os parezcan oportunas acerca de estos cuadros, voy á esponeros el catálogo de todos ellos para que de una vez sepais los tesoros que encierra mi

MUSEO MATRIMONIAL.

Cuadro primero. EL SOLTERO Y LA SOLTERA. Este es un cuadro desnudo como el de Adán y Eva; puede ser la primera página de la historia del matrimonio, y la primera tambien del estado religioso. Ni hay firmeza en el dibujo, ni las figuras tienen aun colorido de predestinados.

Cuadro segundo. LAS SIMPATIAS. A este lienzo hay que cuidar mucho de no aproximarse, porque está fresco y se agarra el color demasiado.

Cuadro tercero. LAS PRIMERAS MIRADAS DE AMOR. Aquí ya se quedan fijos los ojos de los inteligentes; en esta pintura hay mucha mas entonacion que en las anteriores.

Cuadro cuarto. LOS NOVIOS CON SUPERIOR PERMISO. En este lienzo hay ya gran firmeza en el dibujo, y se conoce todo lo que promete el autor.

Cuadro quinto. ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES. Las figuras de este cuadro inspiran compasion, pero nadie se acerca á salvarlas; algunos inteligentes han querido hacer señas al hombre á hurtadillas de la muger; ¡pero ya era tarde! El cuadro estaba concluido; el colorido parece fresco; pero ya está muy agarrado al lienzo.

Cuadro sexto. RESOLUCION HEROICA. Delante de este cuadro aconsejo á los amigos que no se pongan nunca; la figura parece que se sale del cuadro atropellando por todo.

Cuadro sétimo. LA VICARIA. Este lienzo es lúgubre; el fondo es demasiado obscuro y apenas se ven las figuras; las que parecen dos son una.

Cuadro octavo. EL INSTANTE FIERO. Cuadro muy pesado, y como está vuelto hácia la pared nadie se atreve á moverle y no se ve nada.

Cuadro noveno. LA LUNA DE MIEL. Lienzo de color de rosa; en el primer término se ve la gloria; algunos inteligentes, dicen que en el segundo está el purgatorio, y los viejos descubren en lontananza el infierno; pero los jovencitos no ven nada; es preciso tener muy acostumbrada la vista.

Cuadro diez. LOS PARIENTES POLITICOS. Todas estas figuras están agrupadas pero sin entonacion ninguna; por mas esfuerzos que ha hecho el autor, no ha logrado armonizar la pintura; á golpe de vista se advierte que todo es postizo.

Cuadro once. EL ESPOSO Y LA ESPOSA. Este es un cuadro muy lindo, pero pintado con poco color y en tela muy delgada; hay que tener mucho cuidado para que no se rompa. Tiene dos compañeros que son: EL MARIDO Y LA MUGER Y EL AMIGO Y LA AMIGA, ambos pintados posteriormente y que cuesta trabajo creer que están hechos por la misma mano.

Cuadro doce. ESTADO INTERESANTE. Aquí no hay carácter; al principio parece que el hombre se rie; luego se cree que piensa, y por último se ve, que sigue pensando.

Cuadro trece. NODRIZAS, BIBERONES Y CABRAS. Este lienzo es del mismo autor que el infierno de Dante. Le mandó pintar una suegra para hacer un regalo al yerno en el primer aniversario de su matrimonio.

Cuadro catorce. UNO NO ES NINGUNO. En este lienzo ha hecho el pintor lo que en el cuadro de las once mil vírgenes; ha dejado alzado el tapiz para que vayan saliendo las restantes.

Cuadro quince. EL VIUDO Y LA VIUDA. Estas dos figuras se conocen y se adivinan, pero se temen mutuamente y ambos quieren hablar á la vez y ninguno lo hace por miedo de ser el primero; este cuadro ha llamado poco la atencion de los inteligentes.

Cuadro diez y seis. CASOS DE REINCIDENCIA. Esta pintura provoca la risa de cuantos la ven y no escita el interés de nadie; he tenido que ocultarla de algunos viudos que querian rasgar las figuras.

Cuadro diez y siete. EL DIFUNTO Y LA DIFUNTA. Este lienzo vale lo mismo al reves que al derecho, y por todas partes representa lo mismo; si fuera posible ponerlo en música, siempre se oiria al mismo tono.

Cuadro diez y ocho. ESTADISTICA MATRIMONIAL. Este cuadro no puede enseñarse á todos porque es un resumen de los anteriores y cada pincelada es un desengaño que haria imposibles las mas firmes ilusiones.

He ahí ligeramente bosquejados los asuntos de los cuadros vivos matrimoniales, que forman la HISTORIA DEL MATRIMONIO. En la semana próxima tendré el gusto de enviar á cada suscriptor una copia del cuadro primero, y desde ese dia quedará abierto el museo para seguir esponiendo los restantes.

ANTONIO FLORES.

LA CASA DEL DIABLO.

TRADICION POPULAR,

POR DON ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(Conclusion.)

VI.

Al dia siguiente á la entrada del arzobispo don fray Berenguel de Londora en Santiago se abrian á viva fuerza las puertas de la Casa del Diablo.

Algunos partidarios del justicia mayor que se defendian desde la puerta del Camino, se habian venido á las manos con los familiares del arzobispo, para resistir el atropello sostenido contra la morada de Juan Tuorum.

Entretanto Alvaro de Mejia que venia entre los soldados del prelado compostelano subia precipitadamente por la ventana de la casa del herrador, y deteniendo á Isabel Tuorum que corria á ocultarse le dijo con voz imperiosa y altanera: Un momento teneis para salvaros.

La hija del herrador se levantó, como la culebra, sobre sí misma, y preguntó al hidalgo con el rostro encendido por la impaciencia: ¿Qué habeis hecho de mi padre?

—Aun vive.
—Soldadme... dejadme abrazarle.
—Me es imposible.... Los partidarios del arzobispo buscan á vuestro padre.... si lo encuentran lo matarán, pero si vos cedéis á mi voluntad, le salvaré aunque sea á riesgo de mi vida.
—¡Oh!... me engañais.
—De otra manera, morirá.
—¡Cielo santo!
—Venid conmigo... huyamos.... bien podreis bajar por donde yo he subido...
—No, no.
—Entonces la vida de vuestro padre corre peligro.
—Bien, cúmplase la voluntad de Dios... Apartaos, exclamó la hija del herrador con arrogante desprecio.
—Sois mia.
—Jamás.
—Os tengo prisionera.

Isabel miró á Alvaro de Mejia con estúpido sarcasmo.

—Dejadme, gritó en seguida con un acento que parecia haber roto alguna cuerda de su corazon por la prolongada violencia con que era pronunciada.

A la sazón un numeroso tropel de gente armada entraba por la puerta del Camino, y los soldados del arzobispo se adelantaron para rechazar á los rebeldes. A su cabeza iba Juan Tuorum. Bien pronto reconoció el herrador el peligro que corria, y apartándose cuanto pudo de sus enemigos, retrocedió para acometer con mayor brio. Una lucha tan encarnizada como desigual se trabó de parte á parte. Era de ver el valor y la destreza con que cada cual procuraba vencer á su enemigo. Las manos desfallecian despues de mover con extraordinaria agilidad las espadas y veinte ó treinta mazas se levantaban á la vez percibiéndose al caer muchos golpes sordos mezclados con algun ¡ay! apenas articulado. Juan Tuorum embestia como un leon, maldiciendo y jurando, y de espaldas para las tapias de la muralla describia repetidos circulos con la espada, que desparataba la lluvia salpicando á chorros el semblante de sus enemigos y desconcertándoles con sus frecuentes y arrogantes gritos.

Alvaro de Mejia, con los ojos desencajados y el semblante encendido de cólera, seguia, ó por mejor decir, perseguia con sus miradas las arremetidas que sin treguas ni descanso se sucedian con la velocidad del rayo. A Isabel Tuorum le parecia que le oprimia su mano un grillete candente.

Una compañía de peones que bajaron por las Casas reales decidieron el éxito de este encuentro. Alvaro de Mejia respiró con el mayor desahogo.

—¡A la Casa del Diablo! gritaron los partidarios del arzobispo.

Antes que ellos subia el herrador por las escaleras

de su morada haciendo sonar su espada por las paredes con motivo de los frecuentes tumbos que sufría luchando con la impaciencia de su imaginacion y la oscuridad de su casa.

En seguida los ojos del herrador se clavaron en el semblante del caballero. Juan Tuorum dió un resoplido de cólera, y su hija estendió hácia él sus brazos en ademán suplicante.

Alvaro de Mejia esperaba con impaciencia la llegada de los soldados del arzobispo.

—¡Ay!... padre mio.... salvadme, exclamó Isabel Tuorum dirigiendo á Alvaro de Mejia una mirada de orgulloso desprecio.

—¡Insensata! murmuró el hidalgo con sus labios cárdenos y brilló en sus manos un puñal que traia oculto al lado de la escarcela.

Ya se divisaban en la meseta de la escalera las puntas de las lanzas y mazas de los soldados de don fray Berenguel de Londora, y Juan Tuorum, dominado por una arrojada desesperacion, corrió hácia el caballero con los brazos estendidos y los puños cerrados.

Los partidarios del prelado contestaron con estas palabras:

—Dese el Diablo á prision.

Alvaro de Mejia y Juan Tuorum luchaban á brazo partido y á no haber llegado á tiempo los soldados del arzobispo, de seguro pagaria el hidalgo con su vida la muerte de la hija del herrador. Juan Tuorum habia crecido al parecer en la lucha, se colgaba del cuello de Alvaro de Mejia y le mordía los hombros y despedazaba con las uñas sus espaldas. Su semblante estaba manchado con algunas gotas de la sangre de Isabel Tuorum y aprisionado al hidalgo hasta el estremo de no poder tomar espacio para manejar su diestra; tenia el puñal sin conseguir otra cosa mas que rasgar el colete del herrador. Era de ver como Juan Tuorum á la par que luchaba con Alvaro de Mejia, decia entre espumarajos de saliva mezclados con la sangre de Isabel:

—¡Voto val!... parece que os lastimo.... echad el alma por la espalda como un endemoniado.... no torzais el gesto, cobarde.... asesino.... ¿no es verdad que mis uñas hieren como puñales?... Por vida de.... lo cierto es que no matan como habeis matado....

En este momento levantó los ojos Alvaro de Mejia mordiéndose los labios por las horribles torturas que sufría y dividió en la puerta á los familiares del Arzobispo. Entonces concluyó la frase de Juan Tuorum abriendo sus labios con un sonido estertoroso.

—Como habeis matado á vuestra hija.... ¿lo ois?... prosiguió el hidalgo dirigiéndose á los defensores de don Fr. Berenguel de Londora.

Juan Tuorum dirigió alrededor una mirada sombría y sus brazos desfallecieron y sus labios pronunciaron una imprecacion. Luego volvió de su estupor y dijo arrojándose sobre Alvaro de Mejia.

—Mentis, cobarde; mentis, villano; mentis, asesino. Pero antes de que pudiera acercarse de nuevo al hidalgo, fué sujetado por sus enemigos.

—¡A la cárcel! dijeron á la vez quince ó veinte caballeros.

—¡A la cárcel! contestó el herrador sonriéndose con salvaje locura y encogiéndose de hombros con satánica alegría. ¡A la cárcel!... al fin y al cabo, señor Alvaro de Mejia, todo es vivir en torre, sino de la Atalaya á lo menos de las Casas-reales.

Un momento de silencio siguió á estas palabras. Alvaro de Mejia contemplaba como un insensato el cádaver de Isabel Tuorum. El herrador llevó consigo á los familiares del arzobispo y acercándose á su hija dijo con voz desfallecida.

—Hija mia.... vuestros pronósticos se han cumplido... pero no sereis sola vos la víctima, pronto os volverá á ver vuestro padre. ¡Ea! prosiguió con cabalresco desenfado, en marcha: la cárcel está cerca.

Buscó con los ojos á Alvaro de Mejia y vió que el hidalgo seguia fijo é inmóvil sin acertar á dar un paso adelante ni articular una palabra con sus labios mas cárdenos que los de la muerte.

—¡Ah! exclamó con rabia reconcentrada, mas cerca está el verdugo.

—La desesperacion le ha vuelto loco, dijeron algunos familiares.

—Los remordimientos le acosan, contestaron otros.

Los guardias del prelado arrastraron consigo al herrador, pero éste apoyado sobre uno de sus pies logró contener su ímpetu y dijo entre tranquilo y balbuciente:

—Ahora permitidme que el Diablo se reconcilie con el apóstol Santiago.

Dobló á la vez ambas rodillas y con la mas ferviente y tranquila devocion comenzó á rezar en alta voz en memoria de su inocente y desventurada hija. Alvaro de Mejia desapareció de la habitacion del herrador y mas de una vez saltó dos ó tres escalones suspirando con desahogo al encontrarse en la calle donde algunos soldados de don Fr. Berenguel de Londora hacian alarde de su triunfo desde las murallas de la ciudad.

En seguida salieron de la Casa del Diablo algunos familiares y soldados del arzobispo en dos hileras con las lanzas y mazas al hombro, y en medio de ellos un hombre de elevada estatura que con los brazos atados y la cabeza inclinada sobre el pecho marchaba con varonil continente y resuelta voluntad. Era el gefe de la asonada; el Diablo de la puerta del Camino; el herrador Juan Tuorum.

Era un padre desgraciado, que segun se decia al paso, acababa de matar á su hija en un momento de criminal desesperacion.

VII.

La salida para la horca de un reo de muerte era en los tiempos á que llevamos la atención de nuestros lectores, uno de los espectáculos públicos mas curiosos y entretenidos. Los habitantes de un pueblo cruzaban las calles durante doce horas, y las casas quedaban abandonadas hasta que la hermandad de la Misericordia depositaba en el cementerio los últimos restos del ajusticiado. El gran día de un pueblo en el siglo XIV, era aquel en que ahorcaban á un criminal, enemigo de Dios, del rey ó de un arzobispo con autoridad temporal. Poco importaba para aquellas generaciones el delito, lo principal era la ejecución.

Esta y no otro era el motivo porque hoy despertaban los compostelanos mas temprano de lo que tenían por costumbre, y no se encontraban en ninguna parte las personas que en lo restante del año cumplían con Dios y sus obligaciones como mejor les venia á cuento. Desde el amanecer salían por las puertas y portillos de la ciudad de Santiago con dirección al monte *Houriz*, y una corriente de hombres y mugeres llegaba con trabajo á la cima del cerro de la *Almásiga*.

Los soldados del arzobispo presentando de plano sus lanzas, apartaban la gente que en remolinos parecía tomar por asalto la prision de Juan Tuorum. Entre esta apiñada muchedumbre que iba y venia del palacio arzobispal á las *Casas-reales*, de las *Casas-reales* á la puerta del *Camino* y de la puerta del *Camino* al monte *Houriz*, como si en su instintivo deseo quisiera simbolizar, que el pueblo por aquellos años no podía pasar de la autoridad eclesiástica á la horca de jurisdicción temporal: no habia un recuerdo benévolo para el herrador.

Desde el momento en que se habia comunicado á Juan Tuorum la sentencia de muerte pronunciada por el arzobispo, despues de reconocer en él no sólo al asesino de su hija, sino tambien, gracias á las revelaciones de Alvaro de Mejia, al gefe de los sublevados contra su potestad temporal, se echaba de ver en su fisonomía una contrición cristiana que hacia perder en conjeturas á los guardias de la cárcel. Arrodillado delante de un crucifijo y con la cabeza inclinada al suelo pasó la mayor parte del día en oracion sin acordarse de que le esperaba el último confesor que en esta vida escucharia sus faltas. Juan Tuorum no comió ni bebió: dos horas duró su confesion. El sacerdote despues de bendecirle lloraba al reconocer una villana imputacion, sobre la conciencia del herrador.

Dieron las once de la mañana y como si todo el pueblo estuviese sujeto á una cadena eléctrica, se removi6 formando pelotones á la casualidad. Era la hora señalada para salir el reo. Los guardias de la cárcel prolongaron el semicírculo que delante de su puerta formaban los curiosos, á viva fuerza, y en seguida apoyaron ambas manos sobre el asa de sus lanzas y la barra sobre las manos. Tambien esperaban al reo.

Un murmullo prolongado se percibió entre el pueblo. Los que estaban sentados se pusieron en pie y los que permanecían en pie, alargaron sus cabezas. Todas las miradas estaban fijas en la puerta de la cárcel. En seguida salieron algunos soldados del arzobispo, marchando á compas, seguíanles los cofrades de la Misericordia y un pequeño espacio que solo podia ser reconocido desde los balcones era cerrado por los guardias que habian contenido á la multitud en su impetuosa curiosidad. Ahora los que estaban en la calle se apoyaban sobre las puntas de los pies para distinguir lo que era ocultado por la comitiva militar.

Allí iba Juan Tuorum sobre un mugriento cuero arrastrado por un pollino de mala catadura. A cada lado del herrador caminaba á pie un sacerdote.

El reo llevaba sus codos atados por la espalda hasta entrelazar sus manos, y sobre el pecho colgaba un escapulario del cual no apartaba los ojos. Su semblante se anticipaba á las arrugas de un cadáver, sus cabellos en desórden le caían sobre las sienes, y sus ojos apenas se distinguían ocultos bajo unas pobladas cejas que por una contracción nerviosa parecia que se separaban de la frente.

Los compostelanos se admiraban del aspecto ferocoso del *Diablo* de la puerta del *Camino* y empezaban á recelar de los cuentos del vulgo. La piedad de Juan Tuorum encontró eco en el corazón de los indiferentes y en medio del silencio que revelaba la curiosidad del pueblo, se percibían algunos sollozos que se perdían entre la muchedumbre como el jay! de los afligidos en la soledad de un cementerio. En verdad, la plaza que habia delante de la cárcel parecia un campo santo cubierto de cabezas humanas. Solo se percibían confusamente las palabras de los sacerdotes que acompañaban al reo.

Al llegar Juan Tuorum á la puerta del *Camino* se estremeció según le permitían las cadenas que le sujetaban, y no atreviéndose á levantar los ojos hacia la muchedumbre que espía sus movimientos, exhaló un suspiro que pudieron distinguir los mas distantes por la violencia con que subió su escapulario hacia la garganta. El herrador pasaba á la sazón por delante de su casa, y cayó sobre la piel que le llevaba, desplomándose como si le arrojasen de la horca al ataud.

La muchedumbre se arremolinó alrededor del reo. Al salir por la puerta del *Camino*, volvió á estremecerse y fijó los ojos por un momento en el pequeño barrio donde iba todas las mañanas á herrar y del cual volvía todas las noches para abrazar á su hija. Todo lo que encontraba á su alrededor hablaba á su corazón:

volvió á vivir tres años en cinco minutos. Su carácter de suyo arisco y envalentado, se habia sobrecogido de terror por una resignacion cristiana, y al reconocerse inocente en medio de un pueblo que le consideraba como el asesino de su hija y cerca de la horca que estaba reservada para los criminales, halagaba su imaginación con el martirio, y la voz de su conciencia le inspiraba confianza y resolucion.

En la subida de la *Almásiga*, apenas se distinguía un pequeño altar de piedra con la virgen de Belen alumbrada débilmente por una lámpara de hierro. Esta imagen habia sido en todas ocasiones el confidente del herrador, y al recordar las horas que habia pasado delante de su cancel de madera, un tropel de lágrimas se asomó á sus ojos amortiguados. Juan Tuorum hizo un segundo esfuerzo para arrodillarse; pero cayendo de buces sobre la piel, los guardias de palacio, cansados de estas demostraciones, le empujaron con violencia, y consiguieron que se volviese á sentar.

Iba á dejar atras la capilla, cuando miró de hito en hito á los sacerdotes que llevaba á su lado, y devorando con sus miradas la tosca imagen de la Virgen de Belen, exclamó con un dolor inmenso: Madre mia, ven y váleme.

En seguida cayó sobre la piel tendidos los brazos y con la cabeza sobre el hombro derecho. Su semblante se cubrió de una palidez mortal, bajo sus párpados solo se observó el blanco mate de los ojos, y sus labios se volvieron amarrotados. Los guardias se precipitaron cerca del reo: la muchedumbre se arremolinó alrededor de los guardias.

Juan Tuorum estaba muerto: la Virgen de Belen habia escuchado la súplica del *Diablo* de la puerta del *Camino*.

Este suceso corrió como por encanto desde la *Almásiga* hasta el palacio arzobispal, y desde las *Casas-reales* al monte *Houriz*, y lo que en un principio habian sido repetidas y frecuentes oleadas de gente, era á los pocos instantes un mar inquieto de cabezas que se agitaba en todas direcciones.

—¡Milagro! ¡milagro! exclamaron á la vez los mas próximos al reo, y lo repitieron instantáneamente los mas distantes. Uno de los sacerdotes que habian acompañado á Juan Tuorum, su confesor por mas señas, exclamaba sin que por su revelacion procurase debilitar el acento de su voz: No era culpable del crimen que le habian imputado.

Las guardias del arzobispo se retiraron: la muchedumbre fué desalojando la subida de la *Almásiga* despues de variados y frecuentes comentarios sobre la muerte repentina del herrador.

La hermandad de la Misericordia reclamaba por un antiguo privilegio el cuerpo de Juan Tuorum, y habia enviado á don fray Berenguel de Londora una diputacion para pedirle que se enterrase el cadáver del herrador en el mismo lugar donde habia fallecido por intercesion de la Virgen de Belen.

Una tarima colocada delante de la puerta de la ermita de la *Almásiga*, sostenia el cadáver de Juan Tuorum. Dos cofrades de la Misericordia con las cruces de palo en la mano, guardaban los últimos restos del herrador.

VIII.

Desde la muerte maravillosa del *Diablo*, Alvaro de Mejia vivia azorado y vagabundo. Una horrible pesadilla abrumaba su cabeza. Caminaba despacio y mohino, volvía la vista atrás como si le persiguiesen, no salía de casa despues del anochecer, hablaba poco y despacio y requería la espada con frecuencia como si tuviese delante á un enemigo irreconciliable. En verdad, siempre encontraba enfrente á su conciencia.

Don fray Berenguel de Londora arrepentido de la precipitacion en que habia condenado á Juan Tuorum, concedió la licencia que deseaban alcanzar los hermanos de la Misericordia.

Una lápida y una cruz esperaban al herrador enfrente de la ermita de la Virgen de Belen, á donde llegó despues de las exequias celebradas en *Nuestra Señora del Camino* en una solemne procesion donde se encontraban los nobles de Santiago, la justicia, los alcaides de las torres, los capitanes de las tropas de palacio y el cabildo compostelano con don fray Berenguel de Londora.

Los enemigos del arzobispo habian reanimado los espíritus pusilánimes para una segunda asonada, confiados en que los ánimos estaban preocupados con la idea que el herrador habia sido conderado á muerte mas como gefe de los sublevados que como asesino de su hija. De pronto se percibió una confusa gritería invocando el nombre de Juan Tuorum y maldiciendo al *dominico francés*. El arzobispo se sobresaltó, Alvaro de Mejia que iba entre los capitanes de palacio se puso livido y los familiares del prelado se adelantaron á recibir con lanza en mano á los alborotadores.

El cadáver del herrador fué depositado en la sepultura en medio de una impaciencia extraordinaria, y veinte manos trabajaron á la vez para cubrirle con su lápida.

Don fray Berenguel de Londora tomó el caballo de un guardia suyo y acompañado de sus mas fieles partidarios, se dirigió á la ciudad por la *cerca* en el momento en que desembocaban los amotinados en la puerta del *Camino* por *entre murallas*. Alvaro de Mejia se puso á la cabeza de los familiares buscando la muerte con ciega resolucion.

La muchedumbre, ya por hacer alarde de su arrojo, ya por el interes que habia despertado la desgraciada

muerte de Juan Tuorum, voceaba, gritaba, corria, saltaba y aprovechaba á la vez las espadas, los palos, las mazas.... hasta las piedras.

Un grito de reprobacion vibró por dos segundos en las calles que ocupaban los rebeldes.

Compostelanos y familiares se vinieron á las manos. La lucha era obstinada, pero reforzados los familiares del prelado se replegaron los sublevados hacia el cerro de la *Almásiga*. Entre los muertos se reconoció un caballero de gallardo almete... al levantarle repitieron con profundo dolor los soldados del arzobispo el nombre de Alvaro de Mejia.

La asonada habia sido mas justa que el prelado: habia castigado con la muerte al verdadero asesino de Isabel Tuorum.

Corrió por entonces por muy valida la noticia de que fray Berenguel de Londora, habia repetido por lo bajo las últimas palabras del herrador al verse amenazado en la puerta de *Mazarelos* por un peloton de rebeldes, pero sea exacta relacion de alguna crónica ó noticia apócrifa de algun viejo pergamino, lo cierto es que el *ven-y-váleme* de Juan Tuorum fué desde entonces una venerable exclamacion.

Pasaron algunos meses.

Enfrente del sepulcro del herrador, se levantó un pequeño pórtico de piedra con su nombre y el año de su muerte, el cual aun se conserva y sirve de entrada á un cementerio. Sobre la lápida de Juan Tuorum, se encontraban desde este día, lloviese ó alumbrase el sol, algunos devotos que delante de la cruz de su sepulcro pedían al cielo una buena hora para su muerte.

Despues de los devotos llegaron los peregrinos. Mas tarde, de un escarpado repecho, se hizo un pequeño barrio de casas construidas sin órden ni alineacion, dando principio á una calle que se bautizó con las últimas palabras del herrador.

Esta calle se llamó antiguamente de *Ven-y-váleme*: hoy se conoce con el nombre de *Bonaval*.

Entonces volvieron los comentarios del vulgo. No faltaban por la noche luminarias y cánticos melodiosos de ángeles y serafines. Los años se sucedieron, y la sepultura de Juan Tuorum fué visitada con profunda y religiosa veneracion.

Pasó un siglo.

Un monge de *Santo Domingo*, cuyo monasterio habia sido edificado cerca de la lápida de Juan Tuorum, reveló á la comunidad que desde una ventana que caía á la calle de *Bonaval*, escuchaba por la noche coros celestiales. La comunidad reclamó á la ciudad la posesion del cadáver del herrador; pero despues de alegar de parte á parte el derecho que á él tenían, siguió en la calle de *Bonaval*.

Pasaron algunos siglos.

Desapareció el cadáver, la lápida y la cruz.

Dícese que la comunidad de *Santo Domingo*, conservaba en su iglesia los últimos restos de Juan Tuorum; pero lo cierto es que solo se reconoce bajo el púlpito de su iglesia una piedra partida y gastada, donde apenas se pueden descubrir los atributos de herrador que en la del *Diablo* de la puerta del *Camino* habian esculpido, y cuya inscripcion desapareció en su mayor parte.

En nuestros días, de la maravillosa muerte de Juan Tuorum, no han quedado mas pruebas que la tradicion, la puerta de un cementerio y el nombre de una calle escarpada y costanera que concluye en la iglesia de *las Angustias del Monte*.

FIN.

NOTICIA DE TEATROS.

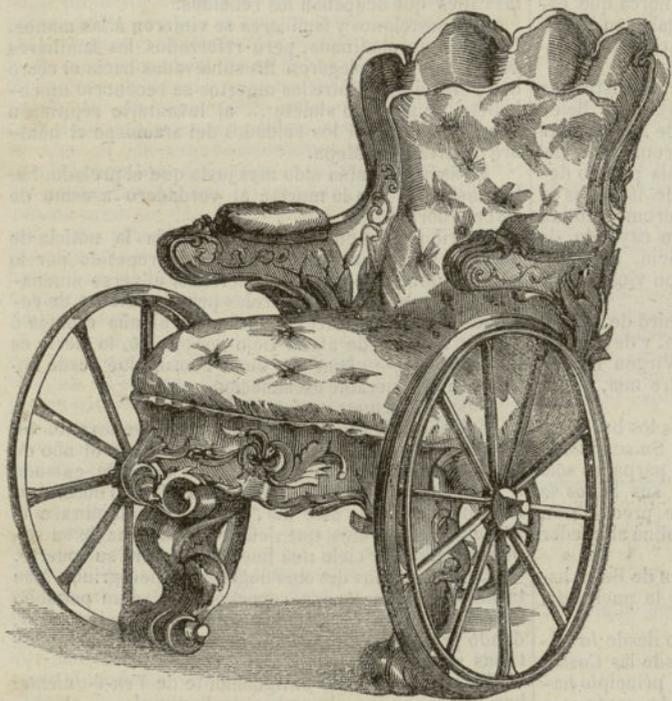
La señora doña Matilde Diez y el eminente actor don Julian Romea, han arrancado infinitos y espontáneos aplausos en la comedia titulada *Amantes y celosos*. La señora Montenegro ha dejado satisfecha la concurrencia numerosa que acudió á oír cantar á tan distinguida artista. Despues de la comedia del señor Ariza, titulada *el Ramo de rosas*, se ha puesto en escena en el teatro del Drama *El Si de las niñas*, y ocioso es decir que su digno intérprete don Joaquin Arjona ha sido, como siempre, objeto de repetidas y justas ovaciones. Los actores del teatro de la Cruz celosos por complacer al público que los favorece, se esfuerzan en recompensar tan lisonjera distincion. El señor Lumbreras y el señor Dardalla son bastante conocidos del público madrileño, como igualmente la simpática doña Juana Samaniego. La señora Baldó es una jóven de quien puede sacarse mucho partido; da el oportuno colorido á cuanto dice y manifiesta cumplidamente la expresion del sentimiento: el jóven Pastrana un escelente galán jóven. La comedia de magia titulada *Los siete castillos del Diablo*, no ha alcanzado la mejor suerte.—En el teatro del Instituto sigue siendo muy aplaudido el señor Montaña en el conocido drama de *Jorge el Armador*. Pero la novedad palpitante, es la linda zarzuela titulada *Jugar con fuego*, de los señores Vega, y Barbieri. El público la aplaude con entusiasmo: puede decirse que es una verdadera ópera cómica llena de gracia y novedad, y una obra que manifiesta un gran progreso en el género de música española.

En el número próximo insertaremos una *Revista musical* de nuestro colaborador don José Ortega Zapata.

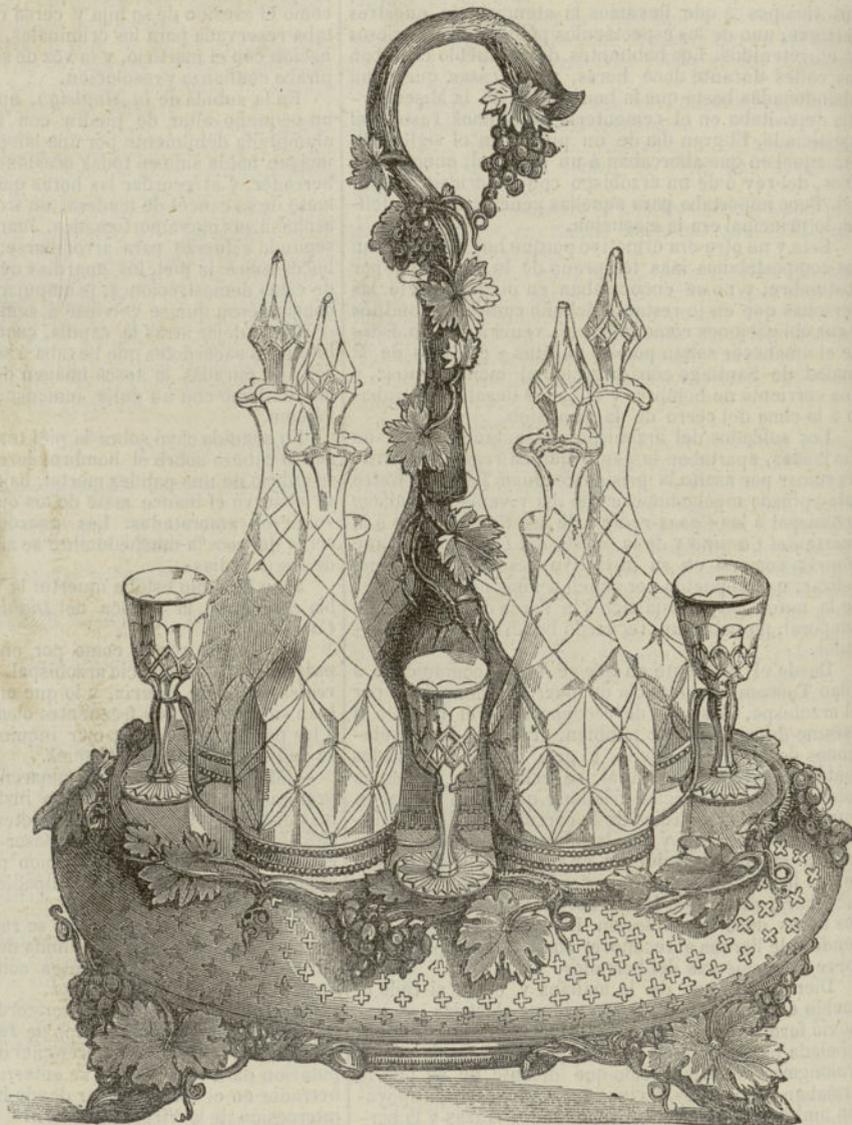
DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLABO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.

ESPOSICION DE LONDRES.

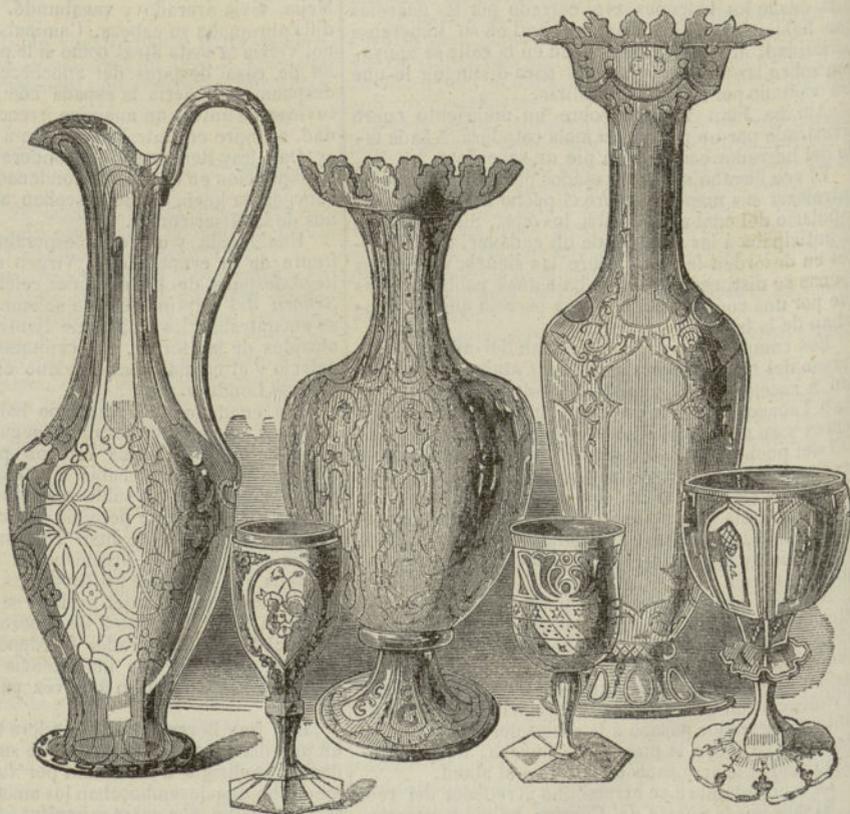
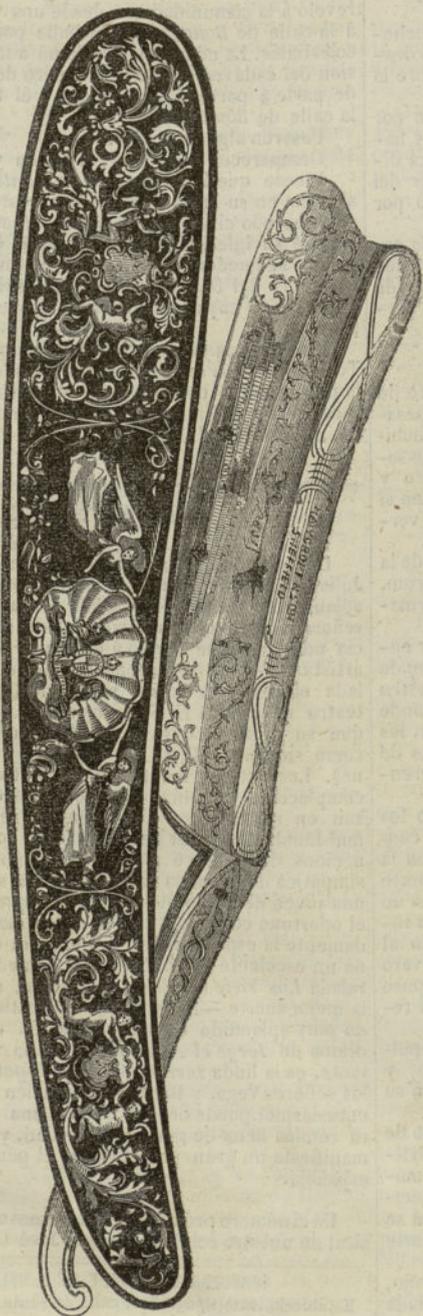


SILLON DE INVALIDO O VELOCIFERO, por Mr. James Heath, de Bath. El nombre del autor de este mueble, se ha hecho popular en Inglaterra por sus excelentes construcciones. El sillón que representa el dibujo, además de su elegancia, se recomienda porque se le hace andar estando uno sentado, por medio de un resorte, y se dirige donde se quiere.



LICORERO, por los señores Cartwrigth é Hiron, de Birmingham. La delicada construcción de esta obra, es enteramente nueva; tanto las botellas como las copas, que son de cristal, llaman la atención, así como el resto de los adornos, por la finura del trabajo.

NAVAJA DE APERTURAS de los señores Hawerof é hijos, de Scheffield. Este es uno de los objetos que mas han llamado la atención de los inteligentes. El mango es de capricho y de esquisito gusto, y lo mismo la hoja, donde aparece grabada la parte exterior del Palacio de cristal. El dibujo de todo es correcto.



JARRONES, VASOS Y COPAS, por los señores Rice Harris é hijos, de Londres. En el centro de este grupo hay un vaso blanco cubierto con piedra esmalte, ricamente pintado y con adornos de plata y oro.